

## CAPITULO XCVII.

Llega el rey á la mayor edad.—Nuevas disensiones.—Sus resultados.—Guerra con los infieles.—Repudia el monarca á su esposa doña Constanza Manuel y se casa con D.<sup>a</sup> María de Portugal.—Las consecuencias que tuvo semejante paso.—Principio de los amores con D.<sup>a</sup> Leonor de Guzman.

En el año de 1325 cumplió D. Alfonso XI los catorce años y en su consecuencia preparóse para tomar las riendas del gobierno.

Bien habia necesidad en este, de que una mano fuerte y vigorosa le rigiera, pues, por el cuadro que la antigua crónica de aquel reinado, nos ofrece y que hemos transcrito en el capítulo anterior, puede comprenderse la situación en que se hallaba.

Los caballeros y procuradores de Valladolid habian cumplido religiosamente el juramento prestado á D.<sup>a</sup> María de Molina respecto á la guarda del joven monarca y merced á su resuelta actitud, nada pudieron hacer los magnates turbulentos ni los ambiciosos tutores.

Tan luego como D. Alfonso envió las cartas con su sello á los tutores prelados, caballeros y concejos para que acudieran á las cortes que iba á celebrar en Valladolid, los primeros, que eran don Felipe, D. Juan Manuel y D. Juan el Tuerto, á quien mas bien debiera haberse llamado el *contrahecho*, pues tal era el defecto físico que habia dado origen al sobrenombre, acudieron á la llamada del monarca é hicieron renuncia de la tutoría reconociendo por único señor al rey.

Las cortes, á su vez, acordaron concederle cinco servicios y una moneda, subsidio fabuloso si se tiene en cuenta la excesiva penuria en que se hallaba el reino por efecto de los continuados disturbios de aquella tan larga minoría.

El monarca confirmó á sus pueblos todos los privilegios, fueros y franquezas de que ya disfrutaban, concedidos por sus antecesores, con lo cual unos y otros quedaron satisfechos.

No era posible que durase mucho tiempo la avenencia entre los antiguos tutores acostumbrados á gobernar el país á su antojo y el monarca, que aun cuando niño, daba muestras de lo que seria despues.

Los infantes D. Juan Manuel y D. Juan el Tuerto desavinieronse con el rey y abandonaron á Valladolid, formando alianza entre sí, y para cimentarla sobre bases mas sólidas, acordaron el casamiento de D. Juan el Tuerto con D.<sup>a</sup> Constanza, hija de D. Juan Manuel.

Pero el rey que deseaba á todo trance deshacer aquella concordia que para él representaba un peligro, pidió la mano de doña Constanza, con lo cual la conjuración se deshizo, puesto que el padre de aquella, prefirió tener por yerno al rey á que lo fuera un infante.

Firmóse el casamiento no consumándose el matrimonio por la tierna edad de la infanta, dando el monarca á D. Juan Manuel en rehenes, el alcázar de Cuenca y los castillos de Huete y de Lorca, nombrándole además adelantado de la frontera, todo lo cual se realizó en noviembre de 1325.

D. Juan el Tuerto, altamente ofendido, obtuvo la mano de doña Blanca, hija de D. Pedro de Castilla el que murió en la Vega de Granada y nieta por parte de madre, de D. Jaime II de Aragon.

Con este matrimonio separábase por completo del servicio del rey de Castilla aliándose con el aragonés, y con los grandes estados que su suegra poseia en Castilla, en Vizcaya y en las fronteras de Aragon, era un enemigo verdaderamente formidable.

Mientras tanto el joven monarca, acompañado de sus favoritos, Garcilaso de la Vega y Albar Nuñez de Osorio, y seguido de corta pero segura hueste, comenzó á recorrer sus reinos purgándoles de malhechores que le infestaban, arrasando el castillo de Valdenebro donde se guarecian los bandidos de la clase noble, á los cuales hizo ejecutar sin consideraciones de ninguna especie.

En 1326, celebró cortes en Medina del Campo en las cuales revocó varias de las concesiones hechas en las del año anterior, y cuando hubo llegado á Toro, fue cuando tuvo noticias de que don Juan el Tuerto trataba de levantar en su contra á los reyes de Aragon y de Portugal.

Bajo el pretexto de tratar de asuntos de gran trascendencia y de los de la guerra de Granada le mandó á llamar, encargando al mensajero, que en su nombre le ofreciese grandes mercedes, siendo una de ellas que el rey no le negaría la mano de su hermana, si se la pidiese.

D. Juan que siempre habia desconfiado de Garcilaso de la Vega, le contestó que mientras tuviese á su lado á este personaje no le complaceria; y el rey le mandó á decir que cuando él llegase á palacio, Garcilaso se habria alejado ya de él, con lo cual D. Juan ya no pudo alegar excusa alguna á las reiteradas instancias del monarca, dirigiéndose poco despues á Toro despues de haber recibido del rey un salvo-conducto en toda forma.

Muy lisonjera fue la acogida que obtuvo D. Juan del rey D. Alfonso.

Salió á recibir con todos los caballeros de la corte y con muy halagadoras palabras le convidó á comer al dia siguiente.

Aceptó la invitación el infante, mas al penetrar en palacio, se vió de repente acometido por una turba, que de orden del rey le cosieron á puñaladas juntamente con dos caballeros que le acompañaban.

Imposible parece tanta hipocresía en un rey de quince años de

edad que era la que á la sazón tenia D. Alfonso; teniendo lugar este indigno acto el dia 31 de octubre de 1326.

El monarca tan luego se deshizo de D. Juan, se apoderó de todas sus villas y castillos, obligando su favorito Garcilaso á D.<sup>a</sup> María, madre del desdichado infante, á ceder al rey el señorío de Vizcaya, por lo cual se tituló D. Alfonso señor de Vizcaya y de Molina.

El ejemplar castigo de D. Juan el Tuerto intimidó á todos sus partidarios en términos, que inmediatamente se sometieron, pero el otro infante D. Juan Manuel, su suegro, que como sabemos estaba en la frontera, al tener noticia de lo sucedido se indignó de tal manera, que abandonó el puesto que el monarca le designara y se retiró á los confines de Murcia.

Deseso D. Alfonso de proseguir la guerra de Granada que á causa del alejamiento de D. Juan Manuel, habia quedado abandonada, y despues de la muerte de su tio D. Felipe el otro infante, acaecida en Madrid en abril de 1327, salió en dirección de Sevilla con una numerosa y lucida hueste, siendo recibido por los sevillanos que tanto habian padecido durante aquella turbulenta minoría, con grandes fiestas y regocijos; desde este punto envió un mensaje á D. Juan Manuel para que fuese á continuar la guerra en su compañía, pero este indignado aun con el asesinato de D. Juan, se negó á concurrir.

No podia presentarse una ocasion mas propicia para combatir á los moros.

En la última campaña llevada á cabo por el rey moro Ismail en 1325, apoderóse su primo Mohammed de una hermosa cristiana que á costa de su vida habia salvado de los ultrajes de sus soldados, mas Ismail tan luego como vió á la cautiva, se apoderó de ella.

Quejóse Mohammed de esto y el monarca lo desterró, con lo que aumentó poderosamente la animosidad aquel, que juró vengarse.

El perjudicado moro, en compañía de algunos de sus amigos, armados de puñales, se acercó á la puerta del alcázar bajo pretexto de tener que hablar con él. Tan luego como Ismail salió, aproximóse á él saludándole muy respetuosamente, pero en cuanto estuvo al alcance de su brazo cayó muerto á puñaladas, y los asesinos, antes que los que acompañaban al rey hubieren salido de su estupor, se escaparon.

Mohammed Abu Abdallah, hijo de Ismail, fue aclamado rey bajo el nombre de Mohammed IV, y aun cuando los cristianos podian haberse aprovechado ventajosamente de las turbulencias que tambien agitaban á los granadinos, los incidentes que por entonces llamaron la atención de D. Alfonso se lo impidieron.

Conviniendo mucho mas á este la alianza con Portugal, aceptó las proposiciones que este rey le hizo y rompió su enlace con D.<sup>a</sup> Constanza Manuel, aceptando la mano de D.<sup>a</sup> María, hija del Portugués.

Irritado el infante D. Juan Manuel, buscó aliados en el rey de Granada y en el de Aragon para declarar la guerra al castellano. El pueblo tambien mostrábase disgustado tanto por estas faltas de fe cuanto por el favor que el monarca dispensaba á sus privados D. Alvar Nuñez de Osorio y Garcilaso de la Vega, y ambos fueron sacrificados, el uno por el furor popular en Soria, y el otro de aquella manera con que el rey acostumbraba á deshacerse de quien no le convenia.

En 1328 en Fuente Aguinaldo se celebraron las bodas del monarca con D.<sup>a</sup> María de Portugal y las del príncipe D. Pedro, heredero de aquel reino con D.<sup>a</sup> Blanca, cimentándose de este modo con mayor fuerza la amistad entre ambos reyes.

D. Alfonso solicitó del papa Juan XXII las dispensas del parentesco que entre su nueva esposa y él existia, concediéndoselo aquel sin dificultad alguna.

Lo que mas interesaba ahora á este era que el monarca aragonés deshiciera la alianza que tenia con D. Juan Manuel, á cuyo efecto le propusieron el casamiento con la hermana del rey de Castilla, D.<sup>a</sup> Leonor, proposición que fue aceptada por aquel, celebrándose en 1329 el enlace en Tarazona con toda pompa y solemnidad.

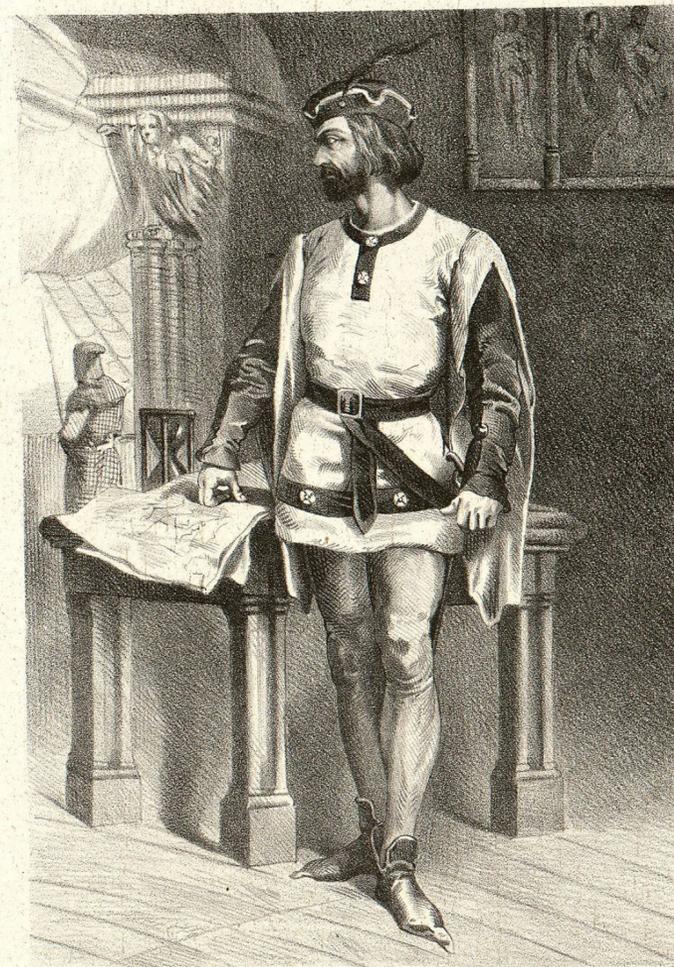
Por intercesion del monarca aragonés hicieron una avenencia el rey de Castilla con D. Juan Manuel, devolviéndole aquel á su hija Constanza presa en Toro, juntamente con todos los señoríos que habian sido de su pertenencia.

Una vez terminados estos enlaces, emprendió otra vez Alfonso de Castilla la guerra contra los moros, auxiliado por su suegro el rey de Portugal, siendo el resultado de esta campaña, que el emir, cansado ya de tan estéril lucha, se reconociese tributario del de Castilla.

En esta época fue cuando D. Alfonso dió cabida en su pecho á aquella célebre pasión amorosa, desdichado origen de turbulencias y desasosiegos para despues.

D.<sup>a</sup> Leonor de Guzman, hija de D. Pedro Nuñez de Guzman y de D.<sup>a</sup> Beatriz Ponce de Leon, fue el objeto de esta pasión.

A pesar de ser viuda de D. Juan de Velasco, no contaba mas que diez y nueve años de edad, siendo de una hermosura notable, y segun la crónica, *muy fidalga, et en hermosura la mas apuesta mujer que avia en el regno.*



D. JOFRE TENORIO

## CAPITULO XCVIII.

Coronacion de D. Alfonso XI de Castilla.—Nacimiento de los infantes D. Fernando y D. Pedro.—La privanza de D.<sup>a</sup> Leonor de Guzman.—Turbulencias en Castilla.—Terribles castigos del monarca.—Guerra con Portugal.—Triunfos obtenidos sobre los moros.—Muerte de Abdelmelik.—Heróica muerte del almirante D. Jofre Tenorio.

LA ardiente pasión que el rey D. Alfonso sentía por D.<sup>a</sup> Leonor de Guzman, no dejaba de inspirar serios recelos á Castilla, pues se temía y con algun fundamento, que en un plazo no muy lejano habian de provocar disgustos con Portugal.

La reina D.<sup>a</sup> María hija del monarca portugués vivía completamente abandonada, mientras que D.<sup>a</sup> Leonor, con la posesion del cariño del monarca, obtenia todas las atenciones, todos los obsequios de los aduladores cortesanos.

Mientras la reina andaba perezosa en dar herederos legítimos al trono, la favorita, con una fecundidad extraordinaria, hizo padre al monarca en 1331 de un hijo que llevó el nombre de Pedro, tomando el apellido de Aguilar de una de las villas que su padre le asignó.

En 1332 tuvo un segundo hijo llamado Sancho, y al año siguiente los dos gemelos que llevaron los nombres de Enrique y Fadrique, y casi anualmente siguió dando sucesion á su real amante.

Poco despues de haber nacido el primer hijo de la Guzman, sintióse embarazada la reina y con este motivo el rey determinó armarse caballero y coronarse con toda solemnidad, ceremonia que habia caido en desuso en Castilla hacia ya algunos reinados.

En Santiago de Galicia, donde se trasladó, ante el altar del santo Apóstol, veló sus armas que bendijo el arzobispo, siendo este mismo quien le dió la *pescozada* ó acolada de ordenanza.

Desde Santiago pasó á Búrgos donde se verificó la coronacion con gran pompa y aparato, celebrándose grandes fiestas con este motivo.

Al año siguiente ó sea en 1332 dió á luz la reina un niño que se llamó Fernando, el cual falleció poco despues; mas como si el cielo hubiera querido compensar esta pérdida, en 1334 tuvo otro hijo á quien se puso el nombre de Pedro, y que mas tarde la historia apellidó con el dictado de *Cruel*.

Mientras tanto la guerra con el monarca granadino continuaba, ora próspera, ora adversa.

Mohammed IV apoderóse por sorpresa de la plaza de Gibraltar recobrando á Marvella, Ronda y Algeciras.

Pero Abul-Hasan rey de Fez y de Marruecos, pasó á su vez el estrecho y se posesionó de Gibraltar derrotando á los granadinos.

D. Alfonso ordenó inmediatamente su hueste, y por mar y por tierra pusieron sus caballeros estrecho cerco á la fortaleza.

Entonces Mohammed acudió en su auxilio y consiguió una gran victoria sobre los cristianos entre Algeciras y Gibraltar.

El vencedor hizo un imprudente alarde de su triunfo ofendiendo con él á los africanos, y estas gentes, de suyo poco sufridas y vengativas, sorprendieronle un día subiendo un monte y le asesinaron.

Su sucesor Yussuf-Abul-Hagiag mas amante de la paz que de la guerra, ajustó paces con los cristianos en 1333, conviniendo en una tregua de cuatro años con ventajosas condiciones para D. Alfonso.

Este no descuidaba por la guerra con los infieles los negocios interiores de su reino, y de la misma manera que le hemos visto castigar á los malhechores con una dureza extraordinaria, íbase deshaciendo de los magnates que le permanecian rebeldes, empleando para ello medios no siempre dignos ni decorosos.

Entre los que continuaban en rebelion, eran los principales el infante D. Juan Manuel, D. Juan Nuñez de Lara y D. Juan Alfonso de Haro.

Estos especialmente, no solamente no le habian ayudado en las guerras que sostenia, sino que con sus continuas correrías sembraban la perturbacion, talando y destruyendo las villas y lugares que se les mostraban contrarios.

D. Juan Alfonso de Haro fue el primero á quien castigó el monarca, haciéndole matar á lanzadas en el lugar de Agoncillo, donde se habia hecho fuerte.

D. Juan de Lara no tuvo mas remedio que pedir acomodamiento, poniendo por intermediario á D. Martin Fernandez Portocarrero; y cediendo al rey todos los derechos que presumia tener sobre Vizcaya y los castillos que en ella retenia, consiguió conservar la vida.

En las expediciones que el monarca hizo con este objeto, hallándose en Vitoria, instituyó la órden llamada de los *Caballeros de la Banda*, á los cuales servia de distintivo una banda negra del ancho de la mano, que se ponía cruzada desde el hombro izquierdo hasta la falda, sobre los vestidos de paño blanco (1).

D. Juan Manuel que era quien mayor poder tenia, temeroso tambien en vista de lo que sucediera con el de Haro y el de Lara, por medio del rey de Aragon, procuró avenirse con el monarca y la paz se ajustó finalmente entre ambos.

Al mismo tiempo tambien D. Juan Manuel adquiria otro nuevo auxiliar en el rey de Portugal, con cuyo hijo D. Pedro quedó ajustado el matrimonio con D.<sup>a</sup> Constanza hija del infante, pues aun cuando D. Pedro se hallaba desposado con D.<sup>a</sup> Blanca de Castilla, la afeccion que esta padecia, inhabilitándola para el matrimonio le dejaba completamente libre.

Por este tiempo irritado ya el portugués por el abandono ó indiferencia con que el rey de Castilla trataba á su esposa D.<sup>a</sup> María

(1) Cron. cap. 100.

hija de aquel fascinado por completo por sus amores con la Guzman, aprovechóse del pretexto que se le ofreció cuando el rey cercaba á D. Juan Nuñez de Lara en Lerma, é intimóle que alzase el cerco y que no le ofendiese, puesto que era su vasallo.

Altiya la respuesta del rey de Castilla, fue la consecuencia una guerra entre ambos pueblos que duró desde 1336 hasta 1338, durante la cual el almirante de Castilla D. Jofre Tenorio obtuvo un memorable triunfo sobre la armada portuguesa, haciendo prisioneros á su almirante Manuel Pezzano y á su hijo Cárlos.

Finalmente, merced á los esfuerzos del papa Benedicto XII, consiguióse que pactaran ambos monarcas una tregua de diez y ocho meses.

Pero mas que esto, consiguió terminar aquella guerra la noticia de que el rey de Marruecos estaba haciendo grandes aprestos para invadir la Peninsula.

Ante el común peligro cedieron los reinos y las animosidades, y los reyes de Castilla, de Aragon y de Portugal, preparáronse para resistir al temible africano, que segun se decia, pensaba comenzar su ataque por el reino de Valencia.

El rey de Castilla celebró cortes en Búrgos, obteniendo algunos subsidios; el de Aragon consiguió que el papa le concediera el diezmo de las rentas eclesiásticas, y ambos pusieron sus escuadras en el estrecho para impedir los desembarcos de los africanos.

Mandaba la de Aragon D. Gilabert de Creuilas, y la castellana D. Jofre Tenorio.

A pesar de esto en 1340 ya habian pasado multitud de africanos á nuestras costas, y si bien habian obtenido varios triunfos, todo hacia presagiar acontecimientos de mayor importancia.

El príncipe Abdelmelik hijo del rey de Marruecos, trató por medio de una sorpresa de apoderarse de los almacenes que en Lebrija habian formado los cristianos.

Un destacamento suyo marchaba ya con los rebaños, cuando cayendo de improviso sobre ellos los fronteros castellanos que fueron avisados oportunamente por Fernando Portocarrero alcaide de Tarifa, mataron á casi todos los infieles, recuperaron los ganados y atacando despues al ejército de Abdelmelik pusieronle en precipitada fuga, muriendo este en la refriega.

La alegría de este triunfo nublóse con la muerte del almirante aragonés Gilabert de Creuilas ocurrida en la costa de Algeciras.

Faltos de un jefe los marinos aragoneses retiráronse á Cataluña, quedando sola la armada castellana para custodiar el estrecho.

En 4 de abril de 1340 sufrió Castilla una pérdida debida mas bien á un arranque de pundonor que no á una necesidad absoluta.

Tal fue la del almirante D. Jofre Tenorio.

Algunos envidiosos acusáronle de haberse vendido á los infieles por no oponerse á un desembarque, lo que no habia hecho por la inferioridad de su escuadra; y al tener noticia de aquellas acusaciones por su misma esposa que estaba en Sevilla, el pundonoroso almirante lleno de indignacion ordenó á su armada que se apresurara para el combate.

El resultado fue el que lógicamente debia esperarse.

Presto las galeras castellanas fueron en su mayoría echadas á pique, y el almirante en un buque tuvo que luchar contra cuatro naves enemigas.

Oigamos como la Crónica relata el final de este heróico combate:

«Et el almirante tenia la una mano en el estandarte, et desde via venir los suyos vencidos iba á ferir en los moros, et tornábase luego al estandarte. Pero tan grande fue la priesa que le daban los moros, et tantos de los suyos mataban los que estaban en la nave, que fincaron con él muy pocas compañías, et los moros entraron la galea. Et desde que él vió que non tenia gentes con quien defender, ni le acorria ninguno, abrazó con el un brazo el estandarte, et con el otro peleaba et esforzaba á los suyos quanto podia... Et pelearon tanto, fasta que los mataron todos delante; et él abrazado con el estandarte peleó con una espada que tenia en la mano, fasta que le cortaron una pierna, et ovo de caer, et lanzaron de encima de la nave una barra de fierro, et diéronle un golpe en la cabeza de que murió. Et los moros llegaron á él, et cortáronle la cabeza, et echáronla en la mar: et fincó el cuerpo en la galea; et derribaron el estandarte que estaba en la galea; et aquel cuerpo del almirante llevaronlo al rey Albohacen. Et los cristianos de las otras galeas et de las naves non quisieron llegar á la pelea, desde que vieron que el estandarte era derribado; et las otras galeas perdidas desampararon aquellas galeas en que estaban, et acogiéronse todos á las naves; et con un poco de viento que les fizo alzar las velas, et fuéronse á Cartagena, et dejaron las galeas desamparadas en el agua. Et los moros desde que vieron andar de aquella guisa, llegaron á ellas, et tomáronlas con remos et con velas, et con todo su aparejamiento: así que de toda la flota que el rey de Castilla allí tenia non escaparon mas que cinco galeas (1).»

Así quedó derrotada la escuadra castellana delante de Gibraltar, recibiendo el monarca la noticia el domingo de Ramos de aquel año en ocasion que se hallaba en las Cabezas de San Juan.

(1) Cron. de D. Alfonso el Onceno, cap. 212.



BATALLA DEL SALADO.

Riera, Editor Barcelona 1846. 16 y 18.